

John F. Crosby, *El personalismo de John Henry Newman*, 2017, Madrid, Palabra, trad. de Nieves Gómez Álvarez, 368 pp.

RECEPCIÓN: 22 de agosto de 2017.

APROBACIÓN: 6 de septiembre de 2018.

Si bien es cierto que la influencia del pensamiento del cardenal John Henry Newman en distintas áreas del saber, como la teología, la filosofía, la literatura o la educación, no ha dejado de crecer y que incluso cobró un nuevo impulso con el hecho de su beatificación, en septiembre del 2011, por parte de la Iglesia católica, también lo es que son muy pocas las obras que se han dedicado con amplitud a desarrollar o profundizar su pensamiento filosófico. De ahí que sea muy bien recibida la amplia monografía de John Crosby sobre el personalismo del famoso converso inglés. Se trata de la traducción al español de la obra original de 2014.

178

Lo primero que llama la atención es un presunto anacronismo contenido en el título, ya que no se puede hablar formalmente de personalismo como tendencia o corriente filosófica sino hasta el siglo XX y Newman vivió completamente en el siglo XIX (1801-1890). Pero así como el cardenal inglés ha sido considerado precursor en muchos temas que solo posteriormente recibieron sus contornos específicos, así también afirma Crosby, a mi parecer acertadamente, que Newman no se consideró a sí mismo como personalista ni conoce a los personalistas, pero sus ideas coinciden del todo con lo que hoy llamamos personalismo (p. 27). Si bien Emmanuel Mounier es considerado en general como el fundador del movimiento filosófico personalista, Crosby recuerda que el mismo Mounier consideraba a Newman precursor del personalismo, al lado de Buber y Berdaiev. Así pues, Crosby, siguiendo la intuición de Edward Sillem, editor del *Philosophical Notebook* de Newman, presenta y desarrolla a Newman como pionero de una filosofía de la persona individual y de la vida personal (p. 12).

Otro punto digno de mencionarse es el método “newmaniano” de reflexionar sobre la persona humana. Ciertamente no es nuevo, pero Newman lo practicó de una manera tan intensa que caracterizó no solo su manera de pensar, sino sobre todo de vivir. Me refiero al método del conocimiento por connaturalidad. Crosby subraya que la influencia y la atracción de Newman sobre sus oyentes se debió ante todo a su conocimiento por connaturalidad: conoce la naturaleza humana en su propio corazón (p. 61). El de Newman es un conocimiento cordial, en contraste con el conocimiento puramente intelectual. No hay una enseñanza personalista, sino un modo personalista de ser y de hablar.

Dado que Newman conoce y reflexiona por connaturalidad, no puede presentar una imagen plana y unidimensional de la persona humana; más bien, nos pone delante las constitutivas e ineludibles paradojas que conforman la “esencia” humana, con una diferencia decisiva. Mientras que el pensamiento filosófico en general, sobre todo el occidental, ha visto la paradoja pero se ha decantado por uno de sus polos, Newman mantiene la tensión y el equilibrio entra ambos de una manera magistral, intelectualmente hablando, y de una manera felizmente lograda, desde el punto de vista existencial. En efecto, Crosby subraya varias veces que Newman es un maestro en el arte de estar en la paradoja sin caer en maniqueísmos: “Newman combina en sí mismo subjetividad y objetividad, corazón e intelecto, experiencia y doctrina, modernidad y antigüedad” (p. 32). “En Newman los extremos se reconcilian. La razón, la afectividad, la imaginación, el conocimiento por connaturalidad, se congregan en el Espíritu de Atenas, en la educación, en el sentido ilativo, en la perspectiva de la primera persona” (p. 20).

Newman defiende esta realidad de la persona humana también porque está reaccionando a una tendencia ya en boga en su tiempo y que se ha mantenido hasta nuestros días: el racionalismo que reduce la plétora de dimensiones de la realidad y de la persona humana a una única dimensión: la científico-matemática. “Su personalismo emerge en el debate [...] con una constricción racionalista del hombre” (p. 19). Véase su famoso *Biglietto Speech* sobre el racionalismo en religión. “A lo que se opone es a una razón unidimensional que constriñe la existencia de las personas y que busca esa plenitud de la razón por la cual una persona realmente ‘revive’ como persona. La razón entra en gran medida en acción por la afectividad impulsada, por la imaginación religiosa, por el conocimiento por connaturalidad, por la influencia personal, por el espíritu ateniense, por la educación oral, por el sentimiento [*sic*] ilativo,

por la perspectiva en primera persona, pero es una clase de razón que implica a la persona entera” (p. 345).

Pero el núcleo del libro, y su auténtica aportación, es la exposición de las categorías newmanianas, que Crosby pone en relación (de origen, de continuidad, de paralelismo) con otros grandes filósofos de la historia, sobre todo, pero no exclusivamente, del personalismo. Newman y Otto en relación con la presencia de Dios en la conciencia: “De hecho, la obra de Otto puede incluso permitírnos entender a Newman mejor de lo que Newman se entendió a sí mismo” (p. 315). Lo santo para Otto no es solamente lo moral, sino lo específicamente religioso. La conciencia no es solo lo moral, sino lo específicamente religioso para Newman. Cuando Newman dice que se experimenta a Dios en la conciencia está hablando de la experiencia de lo santo, de lo numinoso de Otto. Para Otto la idea completa de lo santo tiene elementos racionales y no racionales; para Newman la realidad de Dios posee aprehensión nocional y real. Pero Otto subordina lo racional a lo irracional y Newman los mantiene en equilibrio. Newman y Kierkegaard en relación con el diagnóstico de la religiosidad de su tiempo y con la verdad objetiva y subjetiva, que también se relaciona con el problema y el misterio de Marcel; Newman, Buber y Scheler respecto de la distinción entre medio o entorno y mundo, que también se relaciona con el binomio valor-respuesta al valor de Scheler y von Hildebrand; la correspondencia entre aprehensión real y nocional de Newman con el concepto y la intuición de Kant. Sus descripciones del conocimiento han llevado a considerarlo como protofenomenólogo, pues se relaciona con Husserl y sus intenciones “vacías” y “de cumplimiento”. Para Newman, la aprehensión real es necesaria para entender a las personas, lo que lo pone en relación con Buber y la relación yo-tú y yo-ello. Newman afirma que el corazón es el auténtico yo de la persona, lo que anticipa la centralidad del término en Scheler y von Hildebrand. “Sabe, como Pascal, que el corazón tiene su propia racionalidad, que la razón tiene su propia dimensión afectiva. Sabe que la religión teocéntrica no compromete solo el intelecto y la voluntad, sino también el corazón” (p. 151). Su acentuación de la influencia personal es como la influencia de Sócrates sobre Alcibíades en el *Banquete* de Platón. Aunque irresistible, la influencia personal deja en libertad y no siempre tiene éxito. Newman acentúa más positivamente la subjetividad y la influencia personal que Kierkegaard: “Es la influencia personal la que completa lo que los argumentos racionales solos no puede lograr y lo que la coacción legal no puede conseguir” (pp. 185-186). Newman, como Kant, piensa que el hombre

se eleva de la inmensidad espacio-temporal por su conciencia moral. Objeción de Freud: la voz escuchada en la conciencia no es Dios, sino el superyó. Pero este es prepersonal y una forma despersonalizada de vida moral, mientras que la conciencia de Newman es personal. La conciencia de Newman queda fuera del superyó. Me parece que Crosby pudo profundizar un poco más en esta interesante y actual relación, ya que para muchas personas de nuestro tiempo, la interpretación freudiana de la proyección de nuestras necesidades o deficiencias en el origen de la idea de Dios es un argumento contundente contra la fe religiosa.

Un punto que sigue causando polémica es la consideración de Newman respecto del mundo material. ¿Desprecia Newman el mundo material? Sus afirmaciones se aproximan al idealismo de Berkeley. Parece que Newman merece tales críticas pues el mundo es, como para los medievales, solo una transición a lo absoluto. Pero hay un punto para rescatar: su aprecio por el tiempo y la historia.

El libro es una muy buena contribución al desarrollo del pensamiento filosófico newmaniano, así como al personalismo. Tal contribución no es únicamente en el plano teórico, sino en el campo teórico-práctico, característico del personalismo: “Son importantes los enunciados, las ideas, los argumentos, pero lo más importante del personalismo son los personalistas: su coherencia de vida, de compromiso con la realidad y con la verdad, su forma de vida” (p. 10).

CARLOS GUTIÉRREZ LOZANO
Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM